





La chica que leía
El viejo y el mar



Gonzalo Calcedo

La chica que leía

El viejo y el mar



menos**cuarto**

© Gonzalo Calcedo Juanes
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2024

ISBN: 978-84-19964-22-9
Dep. legal: P-224/2024

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: Germán Calcedo
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno.: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

Para Antonio, cómplice en el infinito de libros.

Para Aurora, por resistir.

«Fue lo primero que pensé cuando se despeñó el camión de mudanzas. Desperdigó mi vida entera bajo un barranco de lodo, donde, durante dos semanas, la lluvia impidió que un equipo la rescatara de allí. Los manteles se bordaron de moho y los tritones bailaron en mis zapatos.»

AMY HEMPEL

Sin zapatos

El tipo se me acercó en la puerta treinta y cuatro de Schiphol como si tal cosa. Había docenas de asientos vacíos —un ingrátido anfiteatro que olía a desinfectante de limón— y tuvo que elegir uno junto al mío. No tardó en confesarme que le deprimía esperar su vuelo solo. Se calentaba las manos con un café en vaso de plástico. Cuando se le enfriaba, iba a la máquina a por otro. Aprovechando cada viaje, yo intentaba dejarle claro que no me agradaba su compañía: aguijón en ristre, me mudaba de asiento con la maldad de una avispa. Mi insistente compañero se sentaba de nuevo a mi lado sin darse por aludido.

—Mi médico me ha prohibido el café, pero no dijo nada de que tuviese uno entre las manos. Espero que la cafeína no atraviese el envase.

—No parece probable.

—¿Trabaja en un hospital? ¿Es enfermera? Tengo mala circulación, sabe, y detesto los guantes. Son una fuente de suciedad.

—Así que recurre a los cafés de llevar.

—Sí, café de máquina. Un sedimento caliente. Está claro que no hay ninguna cafetería de verdad por aquí cer-

ca. —Y me hizo saber que le entristecía observar que nadie hablaba con nadie. Las personas eran como islas inmóviles.

—Que yo sepa las islas no se mueven.

—De pequeño creía que sí. Pensaba que flotaban.

—Fantasías. Son como protuberancias de la superficie terrestre. Y los volcanes llagas. Lo leí en alguna parte.

—Entonces, ¿es profesora? ¿Da conferencias? Me ha parecido muy literario eso de que las islas no se mueven.

Se había aproximado, pero no se lo dije. Yo llevaba un par de lustros trabajando en Natham García, una filial literaria del Grupo Armendáriz; revisaba traducciones, pero no era una editora al pie de la letra. Tampoco estaba en la terminal por trabajo, sino por motivos extraconyugales. Me gustaba pensarlo así. Estaba casada, no quería a mi marido y me consolaba con un prudente amante cuyo matrimonio, a la inversa, era un calco del mío. Por lo tanto, nadie tenía que descifrarme el galimatías horario de los paneles.

—Es la primera vez que cojo el puente aéreo —confesó él. Le calculé cincuenta y muchos, puede que sesenta—. La verdad, no suelo volar casi nunca. Y eso que me dedico a la importación de frutas. Frutas exóticas, sobre todo. Pitahayas, achiotes, mangos... Dan colorido a los mercados.

—Chirimoyas.

—Chirimoyas —concedió—. La última vez que volé, el avión tenía tres alas. Me sentí como el Barón Rojo.

—¿Y qué ha sido de su valor? —inquirí—. No se preocupe, durará poco.

—¿El qué?

—El vuelo. La tortura.

—No se ha creído lo de mi circulación, ¿verdad? Ni lo del triplano.

—El miedo a volar es el más racional de todos.

—Soy una persona pacífica, tranquila, diría yo. Me gusta pasear y mirar los pájaros en la marisma. El cielo queda demasiado alto para mí. —En ese momento me tendió la mano y yo hice como que no me daba cuenta. Pasé una página del libro que estaba leyendo. Supuse que su mano tenía que estar pegajosa de tanto trajín con aquellos cafés de máquina; era imposible que las tapas ajustasen bien. De lo que sí me di cuenta era de que llevaba una pulsera femenina en la muñeca.

Él también percibió mi extrañeza y me reveló que era de su mujer. Llevaba años fallecida; demasiados.

—No me la he quitado desde entonces.

Y como si me devolviese un golpe en una pelea, me aseguró que estaba convencido de que el reloj que yo llevaba en mi muñeca izquierda tampoco era mío.

—Cierto —dije cerrando el libro. Extendí la mano y el reloj, grande, de acero y algo rayado, asomó por el borde de la manga de mi blusa—. Era de mi padre. Un caso idéntico. Mi hermanita y yo nos peleamos delante del ataúd por tenerlo y gané yo. Le cogí la delantera. Ahora, si no le importa, preferiría esperar sola.

No quería cambiarme de sitio otra vez, solo que él se fuese. Asintió cabizbajo y se corrió una plaza. No hizo más. Pero el hueco que quedó entre ambos se me antojó algo tan triste como la pérdida de un diente. Esa clase de dejadez que suena a abandono, a derrota. Me arrepentí de mi tono de inmediato. Mi suspiro de alivio sonó falso, intrascen-

dente en el fondo. Él dejó su maleta arrimada al asiento para ir a por otro café. No le quedaban monedas sueltas y se peleó con la máquina hasta conseguir que aceptase un billete plisado y le devolviera el cambio. Una adolescente que viajaba sola le ayudó entre risas y pataditas a la máquina. Se hicieron amigos en segundos y yo me sentí desplazada. Ahora el tipo se iría definitivamente y yo seguiría pendiente de mi vuelo, dudando hasta el último momento si me merecía la pena volar hora y media para pasar otra hora y media en una habitación de hotel.

La chica se llamaba Salma y dijo que le hacían daño las truculentas botas militares que arrastraba. Con el permiso de mi interlocutor, se soltó los cordones para quitárselas. Él lo encontraba divertido, yo desagradable. Los calcetines que llevaba eran gruesos, de esquiar. Contó que las botas no eran suyas y que se había puesto dos pares de calcetines superpuestos —muñecos de nieve y estrellas de Navidad estampados— para que sus pies no bailasen dentro por la diferencia de talla.

—Me las pasó un amigo motero. Iba a tirarlas.

—Son bonitas —dijo él.

No, no lo eran, pensé yo. No lo eran en absoluto. Era un par descosido y desollado, con la suela consumida por las frenadas; lo único nuevo era la sutura de cordones. Ella miró intrigada al Barón Rojo y le preguntó si no se tomaba el café; iba a enfriársele. Entonces él le contó la historia de su circulación y las recomendaciones del médico tal como me la había contado a mí. Pasaba página igual que había hecho yo, relegándome. Hizo que me sintiera vieja, aunque esa no fuese su intención.

—Nunca había pensado en lo de los guantes y la suciedad —dijo Salma.

—La gente se compra unos guantes, los usa a diario y ¿cuándo los lava?

—¿Nunca?

—Posiblemente. Deberían ser como la ropa interior. Mudarse a diario está bien.

—Bueno —admitió ella con sorna—, yo voy un poco retrasada con eso. ¿Nunca has estado en un *hostel*?

Él sacudió la cabeza de lado a lado.

—¿Qué es?

—Un albergue. Menos que un hotel barato. El culo de la escala de alojamientos.

—Entiendo.

—El baño es compartido.

—Cuánta intimidad.

—Haces amigos, desde luego.

—¿De cama? —bromeó él, y la chica miró las botas y como si su historia de amor pasajero caminara con ella, asintió.

—Sí, de cama.

Un remolino de turistas que se desplazaba al unísono pasó de largo. Iban subidos a la cinta transportadora porque se habían equivocado de puerta de embarque y se empujaban unos a otros. Al otro lado de la cinta, una niña corría en dirección contraria, desafiando al mecanismo, mientras su padre la cronometraba. Instintivamente miré mi reloj. Fue ese gesto el que hizo que Salma se dirigiera a mí.

—Por favor, ¿qué hora es? No llevo reloj.

—Falta media hora para el embarque. Nos sobra tiempo.

—Sí, nos sobra tiempo —admitió él como si yo fuese un familiar lejano que vuelve a la conversación—. ¿Cree que tendré tiempo para otro café?

—Puede.

Salma se rio.

—Ya lo pillo. Estáis casados y habéis tenido una pelea. Soy una pardilla.

—No, no estamos casados —dijo él—. Ni siquiera nos conocemos.

Salma arqueó sus expresivas cejas.

—Yo voy a ver a mis padres. Me han pagado el billete para verme la cara y achucharme un poco, pero estaré en casa lo justo para hacer caja. Nos conviene a todos.

—Yo voy a visitar a mi hermana —proclamó el inoportuno viajero—. Hace años que no nos vemos. Probablemente me parezca una desconocida.

Y como si yo les debiese algo, volvieron sus expectantes caras hacia mí. Era mi turno de confesar el motivo por el que volaba. Por respuesta me enfrasqué en la lectura; era trabajo. Hasta subrayaba párrafos con mi lapicero para dar a entender que estaba centrada en lo mío, que sus cuitas no me incumbían. Supuse que lo entenderían. Por el rabillo del ojo vi encogerse de hombros a mi compañero de asiento. Dijo que iba a tirar el café y la chica le preguntó si podía tomarlo ella.

—No he desayunado esta mañana.

—Claro. Pero ya está frío. Te traeré otro.

—No me importa que esté frío.

—Iremos a esa otra máquina de ahí, la que da sándwiches y chocolatinas.